

El sueño americano

Sara Sefchovich

Cuando México era Nueva España, se acostumbraba recibir a los gobernantes que enviaba su majestad con grandes eventos religiosos y sociales como misas, acciones de gracias, bailes y besamanos, a los que acudía lo más granado de la sociedad. Había también festejos en las calles, para que el populacho pudiera vitorear a "la imagen viva de la persona del monarca".

Se levantaban arcos triunfales con sonetos y epigramas que se colocaban en las fachadas de los cabildos y catedrales para hacer públicas las loas al nuevo gobernante. Cuando en 1681 llegaron los marqueses de La Laguna, el encargo poético se le hizo a los dos intelectuales más destacados de la época: Carlos de Sigüenza y Góngora y Sor Juana. En el arco hecho por ella, el virrey aparecía como Neptuno en cuyo bastón de mando "cifra la civil, criminal y marcial potestad".

El espectáculo siempre le ha gustado a los poderosos. Reyes y mandatarios adoran las largas ceremonias, los rituales religiosos, la presencia de poderosos y celebridades, el apoyo de intelectuales y artistas, los vestidos ostentosos, el uso de símbolos que crean la conexión con figuras de la historia y las masas ovacionando.

Barack Obama no ha sido excepción. Su discurso de humildad contrasta con las ceremonias para su toma de posesión, que empezaron tres días antes en Filadelfia, ciudad mítica por haber sido la cuna de la revolución de Independencia y de la Constitución, donde abordó un tren que siguió la misma ruta de Abraham Lincoln hacia Washington 150 años atrás, con lo cual se colocaba en la estela de ese prócer, quien declaró la emancipación de la esclavitud y habló de reconciliación. También participó en el servicio voluntario en memoria de Martín Luther King, otra figura emblemática.

El día señalado, su ritual incluyó servicios religiosos, discursos ante millones de personas, asistencia a los 10 bailes oficiales que se organizaron (hubo muchos más), saludo a celebridades, entre quienes estaban políticos y empresarios, actores y cantantes.

Hubo desfile de las Fuerzas Armadas, concier-

tos, galas, almuerzos y cenas, cambios de vestuario, exposiciones especiales en los museos. Y mucha palabrería: los medios de comunicación repitieron infinidad de veces la historia de este triunfo y hablaron del nuevo comienzo. El lema de la convención demócrata, "Renovando la promesa de América", fue convertido en tema musical y no faltó el poema especialmente escrito para la ocasión: "Alabemos este día", encargado a una mujer, académica y negra, todo lo políticamente correcto. En ese canto, Elizabeth Alexander llamó a Obama "fuente de luz".

De modo, pues, que el festejo al presidente demócrata tuvo los mismos ingredientes que los que se le hacen a un rey. La diferencia sólo estuvo en los números: en los millones de personas que asistieron o lo siguieron a través de los medios y en los 75 millones de dólares que se gastaron.

Ahora bien: si a símbolos nos vamos, el espectáculo de la toma de posesión nos lo advirtió: mucho brillo, mucho discurso, pero la esencia sigue siendo la misma.

No digo esto para aguar la fiesta. Pero no es fácil lo que se está esperando de este presidente. Cierto que Obama tiene en su biografía y en su color de piel un argumento para demostrar que Estados Unidos es el país de la democracia y las oportunidades. Y sí que lo es. Pero eso no significa que alguien por sí solo puede cambiar el sistema. Y, además, ni siquiera es lo que él pretende: "No vamos a pedir perdón por nuestro modo de vida", dijo en su discurso inaugural.

Y es que es un modo de vida en el que ellos creen y con el que sueñan millones en el resto del planeta, pero cuya conservación implica una forma de hacer política, de manejar la economía, de relacionarse con otros países, de usar los recursos naturales. El discurso puede prometer lo que quiera y nuestra fantasía comprar esa promesa, pero ya la realidad dirá. Los mexicanos lo sabemos: se apostó mucho a Vicente Fox.

El nuevo comienzo consiste en revivir el viejo sueño americano. No es poca cosa, pero es más de lo mismo.

sarasef@prodigy.net.mx

Escritora e investigadora en la UNAM

